

RAMON TEJA

## El Deporte en la Capadocia Romana

El deporte antiguo, bien conocido en general por lo que atañe a Grecia y a Roma, lo es en mucha menor medida en sus manifestaciones en provincias. Capadocia, que es una de las provincias del Imperio peor conocidas en todos los aspectos, no constituye ninguna excepción en el deportivo. En el presente trabajo pretendemos dar una visión, lo más completa posible en la medida en que las fuentes lo permiten, de la actividad deportiva en esta provincia en la época romana. Las fuentes históricas que poseemos para Capadocia son, casi exclusivamente, la obra de los tres Santos Padres conocidos con el nombre de los tres grandes capadocios: San Basilio de Cesarea, su hermano San Gregorio de Nisa y el amigo de ambos San Gregorio de Nacianzo, por lo que es en los datos por ellos proporcionados en lo que basamos fundamentalmente nuestro trabajo. El complemento de las fuentes vendrá dado por la información muy escasa por cierto, que se puede rastrear en los autores clásicos<sup>1</sup>.

Los padres capadocios vivieron en la segunda mitad del siglo IV d. C. por lo que es ésta principalmente la época que comprende nuestro estudio. Como es de suponer, ninguno de estos autores, se propuso en ningún momento proporcionar información alguna sobre la actividad deportiva de su época, sino que ésta nos viene dada, de una manera circunstancial, en alusiones sueltas a lo largo de sus escritos (sermones y homilías, tratados teológicos y morales, cartas, poemas, etc...). De un modo especial las comparaciones y metáforas tomadas de temas deportivos son abundantes en toda la predicación patristica y remontan

<sup>1</sup> Este trabajo es, fundamentalmente, una síntesis de noticias dispersas en diferentes capítulos de nuestra *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV según los Padres Capadocios*, Salamanca 1974, y una ampliación de lo expuesto en las pp. 177-180.

a su uso frecuente en las cartas de San Pablo; los padres capadocios no son una excepción a este respecto, sino que demuestran una gran predilección por estos temas. Bien empleados, pueden constituir una fuente valiosa para la reconstrucción del deporte en su época. La naturaleza de estas fuentes, por otra parte, condiciona en gran medida su valor histórico. El provenir en su mayor parte, como decimos, de metáforas y comparaciones con un marcado sentido retórico en muchos casos, excluye que se trate de hechos referidos a un lugar y a una época concretos. Sin embargo, el hecho de que estas noticias estén incluidas normalmente en sermones u homilías implica en gran medida que el auditorio al que iban dirigidos, los habitantes de las ciudades capadocias, estaban familiarizados con tales temas. Esta constatación no tiene, con todo, valor absoluto por el gran tinte retórico de que la predicación de la época iba teñida, y por haber llegado a nosotros, generalmente, en forma de refundiciones del texto original. Por ello utilizaremos estas informaciones con gran cautela y tratando de apoyarlas en otras que, por su misma naturaleza, señalan hechos reales y sirven para darles un contenido histórico más concreto.

#### I. IMPORTANCIA DEL DEPORTE EN CAPADOCIA

Como podremos ir viendo a lo largo del trabajo, nuestras fuentes revelan en la Capadocia del siglo IV una amplia actividad deportiva en casi todas las manifestaciones practicadas en el mundo greco-romano. Este hecho tiene una importancia histórica de gran alcance porque demuestra palpablemente que Capadocia y en general toda la región de la altiplanicie central de Asia Menor que, tradicionalmente se ha tenido por una zona tardíamente y poco helenizada, se habían enganchado ya plenamente en esta época al carro de la helenización bajo la acción unificadora de Roma<sup>2</sup>, pues como es bien sabido, el deporte fue una de las más típicas creaciones del espíritu griego y su difusión en una determinada región es uno de los más claros signos de helenización o romanización. La importancia social que el deporte había alcanzado en Capadocia en esta época es un fenómeno que se desprende claramente de nuestras fuentes. El sufragio de juegos y espectáculos era en esta época una costumbre muy arraigada<sup>3</sup>. Los padres capadocios que critican duramente esta práctica por considerarla un derroche del dinero que no sirve sino para fomentar la vanidad de los ricos y los vicios del pueblo, nos ilustran cumplidamente de las grandes cantidades de dinero que tanto los particulares como los magistrados gastaban voluntariamente en sufragar juegos y espectáculos con el único afán de adquirir gloria y prestigio entre sus conciudadanos. Ello demuestra que el espíritu ciudadano y de *evergueria* que había sido siempre el motor y estímulo de la actividad deportiva en

<sup>2</sup> Cf. R. TEJA: *op. cit.*, pp. 169 ss. donde tratamos de demostrar cumplidamente este hecho con diversas pruebas.

<sup>3</sup> Sobre la pervivencia de estas prácticas en las ciudades griegas aún en el siglo V, cf. A. H. M. JONES: *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford 1940, pp. 254 ss.

el mundo greco-romano continuaba en pleno auge a pesar de la oposición de la Iglesia. Así vemos a Basilio criticando duramente a aquellos que tiran su dinero en sufragar espectáculos teatrales, pancracias, luchas de gladiadores, etc... a cambio, dice, de la pequeña gloria que proporcionan las aclamaciones y el aplauso del pueblo<sup>4</sup>. En términos parecidos se expresa Gregorio de Nisa cuando recuerda a los organizadores de espectáculos públicos que, llevados de la vanidad, anuncian con toque de trompeta sus liberalidades y hacen saber a todas las gentes de la palestra que están dispuestos a gastarse su fortuna<sup>5</sup>. Gregorio Nacianceno se expresa con mayor realismo y más detalles, si bien se trata de un texto con marcado tinte retórico, pero que refleja sin duda alguna la realidad. En un poema dedicado a ensalzar a su sobrino Nicóbulo, le alaba por no haber consumido sus riquezas, como hacen otros muchos, en el sufragio de juegos. «Otros, dice, gastaron su dinero en los estadios teniendo en gran estima los saltos extravagantes y la muerte de los hombres que luchan vanamente con las fieras a fin de ganarse el favor del pueblo y de que su gloria supere a la de los demás y su celebridad pase de boca en boca de las gentes. Otros, consumieron su vida y sus posesiones en atletas que compiten vanamente en el polvo y en aurigas que locos por superar a sus rivales azotan el aire una y otra vez en presencia de los espectadores con preferencias divididas»<sup>6</sup>.

Por estos textos se puede apreciar perfectamente el desprecio que los padres capadocios sentían por toda clase de espectáculos y en especial por la arraigada costumbre de que los ciudadanos con posibilidades económicas costeasen a sus expensas los espectáculos públicos. Lo que no revelan estos textos es si se trataba de magistrados en ejercicio de sus funciones o de particulares. En la Ep. 112 Gregorio Nacianceno reprende al juez Celeusio por no guardar el ayuno y dar espectáculos vergonzosos (θείος αἰσχρός) Hauser-Meury opina que Celeusio sería un «duumvir» en base a la doble función que se le otorga de juez y organizador de espectáculos públicos<sup>7</sup>. Nos encontraríamos, según eso, ante un curial organizando juegos públicos. Nosotros, sin embargo, creemos más bien que el término θείος no hay que interpretarlo en este caso como espectáculo público, sino que Gregorio alude simplemente al escándalo que Celeusio daba al transgredir públicamente la ley del ayuno. Respecto al citado caso de su sobrino Nicóbulo, Gregorio no especifica si su alabanza se refiere a la conducta de Nicóbulo como particular o como magistrado, pues sabemos que ejerció diversos puestos en la

<sup>4</sup> 31, 268 A. Las referencias a los escritos de los capadocios las haremos siguiendo la edición de la *Patrologia Graeca* de MIGNE, y citando del modo más usual: el primer número indica el tomo, el segundo la columna y la letra mayúscula los diversos apartados dentro de ésta. Si se trata de obras poéticas de Gregorio Nacianceno, especificamos los versos. Las cartas sin embargo, las citaremos simplemente por su número dentro de la misma *Patrologia Graeca*. Los tomos que comprenden la obra de los capadocios son los siguientes: 29-32, Basilio; 35-38, Gregorio de Nacianzo; 44-46, Gregorio de Nisa.

<sup>5</sup> 46, 461 B.

<sup>6</sup> 37, 1516-17 v. 150-157.

<sup>7</sup> M. M. HAUSER-MEURY: *Prosopographie zu den Schriften Gregors von Nazianz*, Bonn 1960, p. 53.

curia de Nacianzo<sup>8</sup>. Es de destacar, sin embargo, que la alabanza de que hace objeto Gregorio a su sobrino, resulta muy sospechosa de ser real: Gregorio Nacianceno tiene por costumbre atribuir a sus personajes cualidades que éstos no tenían con el objeto de tapar con ello su falta. Por otro lado, sabemos que la vida que llevó Nicóbulo no fue ciertamente ejemplar y ello le acarreó frecuentes problemas, el último de ellos relacionado con el fisco, teniendo que rendir cuentas de ellos, a su muerte, su viuda y sus hijos<sup>9</sup>. En cualquier caso, aunque nuestras fuentes no lo aclaren, es de suponer que en tales sufragios participasen tanto los particulares, como los que se encontraban en ejercicio de alguna magistratura, según era costumbre en la época<sup>10</sup>.

## II. MANIFESTACIONES DEPORTIVAS

### 1. *La Caza y el Circo*

Los deportes que aparecen mencionados con más frecuencia en nuestras fuentes y que, sin duda, eran los más practicados en Capadocia, son las carreras de caballos y la caza, y concretamente la caza a caballo. Ello tiene una explicación muy razonable si tenemos presente dos hechos bien atestiguados. Por un lado, la riqueza de Capadocia en buenos caballos de carrera que gozaron de gran estima en la antigüedad. Por otro, la importancia que en esta época conservaba aún la vieja nobleza del país. Esta nobleza, con toda probabilidad, procedía directamente de la antigua nobleza irania y, como es bien sabido, la habilidad en la monta y la afición a la caza constituía una de sus principales características, que conservan aún en el siglo IV d. C. los nobles capadocios poseedores de ranchos de caballos. Es, pues, natural que la arraigada afición de los griegos y los romanos a las carreras de circo prendiese fácilmente en la región.

#### a) *Los caballos capadocios*

La fama y estima de los caballos capadocios está atestiguada por numerosas fuentes clásicas y confirmada por los padres capadocios. De la abundancia y antigüedad de estos caballos es buen testimonio Estrabón a quien pertenece la noticia de que en la época de dominio persa Capadocia pagaba, aparte de otros tributos, 1500 caballos<sup>11</sup>. Según otras noticias, Darío el Grande y posteriormente Pompeyo los utilizaron en gran medida en la guerra<sup>12</sup>. De su aprecio en la misma Roma en el siglo III d. C. para las carreras, es buen testimonio la noticia de la Historia Augusta según la cual Gordiano III repartió entre los bandos del

<sup>8</sup> Cf. A. H. M. JONES, J. R. MARTINDALE, J. MORRIS: *The Prosopography of the Later Roman Empire*, I A. D. 260-395, Cambridge, 1971, p. 629, s. v. *Nicobulus* I.

<sup>9</sup> Cf. GREG. NAZ., *Ep.* 146, 195 y 196.

<sup>10</sup> A. H. M. JONES: *The Greek City, op. cit.*, pp. 227 ss.

<sup>11</sup> ESTRABÓN XI, 13, 8.

<sup>12</sup> ARRIANO, *Anab.* III, 77, 7; CÉSAR, *Bell. civ.* III, 4, 3.

circo para ganarse las simpatías del pueblo 100 caballos sicilianos y 100 de Capadocia<sup>13</sup>.

El tratadista de temas veterinarios Vegecio dice de ellos que son gloriosos y tienen bien ganada fama en las carreras, llevándose incluso la palma sobre los españoles<sup>14</sup>. Claudiano, por su parte, celebra sobre todo su rapidez<sup>15</sup>, al tiempo que trata de explicar su calidad como resultado del cruce de sementales de Capadocia con yeguas de Frigia<sup>16</sup>. Servio, sin embargo, les atribuye, basándose en Píndaro, un origen siciliano, de Agrigento concretamente<sup>17</sup>. Otra fuente les atribuye un origen parto y presenta como su característica principal el tener la cabeza más bien larga<sup>18</sup>. San Agustín recoge la leyenda según la cual su rapidez se debía a que las yeguas eran preñadas por el viento<sup>19</sup>. Los caballos debían de criarse en diversos lugares de la provincia aunque los que disfrutaban de un mayor prestigio eran los que pastaban en las praderas que cubrían las partes bajas del monte Argeo, cercano a la capital Cesarea<sup>20</sup>. Todas estas fuentes y otras de menor importancia<sup>21</sup> ponen bien de manifiesto el prestigio de que, ya desde tiempos de Píndaro, gozaron en toda la antigüedad los caballos capadocios.

Este prestigio no hacen sino confirmarlo en numerosos pasajes los padres capadocios, al tiempo que proporcionan preciosas noticias sobre sus empleos y formas de crianza. Muchos de los ranchos donde estos caballos se criaban debían de ser de propiedad imperial. Probablemente algunos de ellos pasarían al Emperador, junto con las antiguas tierras reales, al convertirse Capadocia en provincia romana el 17 d. C. Posteriormente estas propiedades imperiales se fueron incrementando como consecuencia de las confiscaciones. La más famosa de éstas es la del rancho que el caballero romano Palmacio poseía en Andaval, cerca de Tiana, confiscada por el emperador Valeriano<sup>22</sup>. En el siglo IV debieron verse incrementadas, en opinión de Broughton, como consecuencia de la confiscación de los bienes de los templos paganos tras el reconocimiento del cristianismo por parte de Constantino<sup>23</sup>. Friedländer opina, en base a la noticia de Símmaco<sup>24</sup>

<sup>13</sup> HIST. AUG., *Gordiano* IV, 5. Los caballos sicilianos tenían asimismo gran fama atestiguada cumplidamente por HORACIO, *Carm.* II, 16, 34 ss., entre otros muchos autores.

<sup>14</sup> *Mulom.* III, 6, 4. También los caballos españoles son celebrados en numerosas fuentes por su calidad. Vid., entre otras, SÍMMACO, *Ep.* IV, 62; MELA, II, 86; ESTRABÓN III, 163; PLINIO, *H. N.* VIII, 166, etc...

<sup>15</sup> *In Ruf.* II, 31.

<sup>16</sup> *Laus Serenae* 191-192.

<sup>17</sup> *Aen.* III, 704.

<sup>18</sup> HIPPIAT. BEROL. CXV, 1; CORP. HIPPI. GR. I, p. 373.

<sup>19</sup> *De Civit.* XXI, 5.

<sup>20</sup> ESTRABÓN XII, 2, 7; CLAUD., *in Eutr.* I, 246; *Laus Serenae* 191-192.

<sup>21</sup> OPPI., *Cyneg.* I, 171 y 198; NEM. *Cineg.* 246-247; COD. TEOD. X, 6; HIPPIAT. BEROL. CXXX, 134; CORP. HIPPI. GR. I, p. 425; PELAGON., *Ars., Veter.* 24; SENECA., *Quest. Nat.* III, 25, 4; PLUT., *Eum.* VI, 4 y XII, 3; SOLIN. XLV, 5.

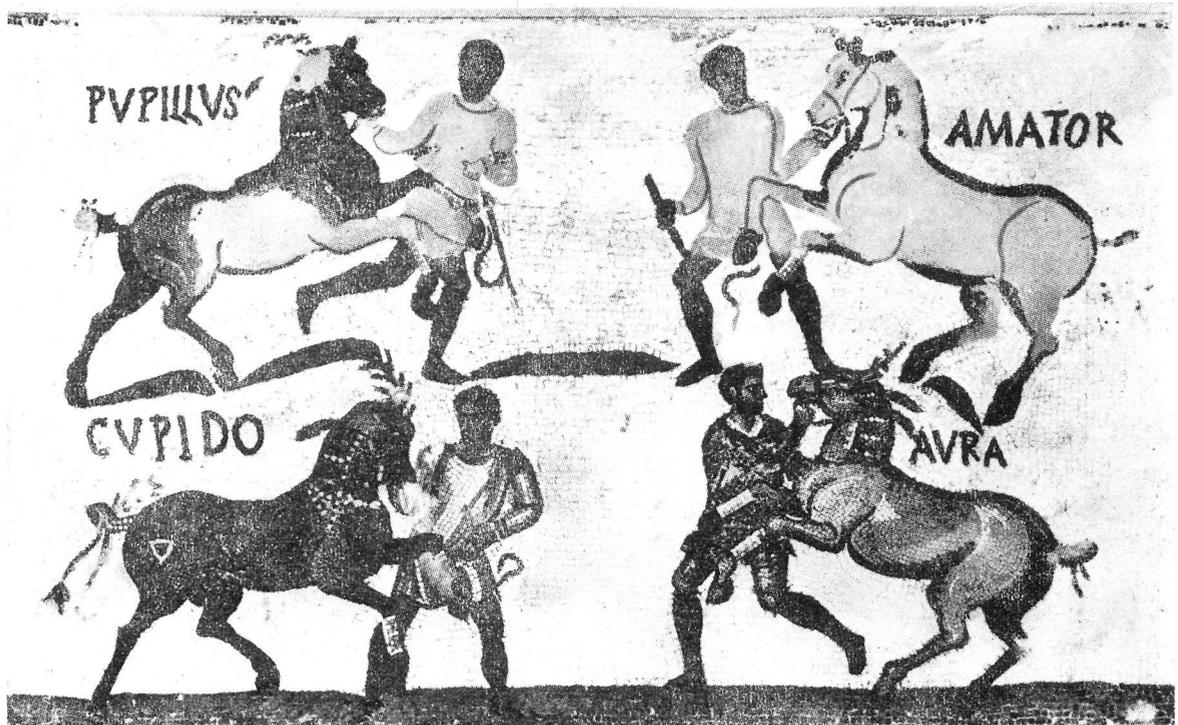
<sup>22</sup> FRAG. HIST. GRAEC. V, 1. Este rancho aparece mencionado posteriormente en COD. TEOD. X, 6, 1; XV, 10, 1.

<sup>23</sup> T. S. BROUGHTON, *Roman Asia Minor*, pp. 662-63, en T. FRANK, *An Economic Survey of Ancient Rome* IV, Baltimore 1938. Los beneficios de estas confiscaciones debieron ser compartidos tanto por la *Res Privata* como por la Iglesia, cf. H. GRÉGOIRE, B.C.H., XXX, 1909; W. M. RAMSAY: *Historical Geography of Asia Minor*, Londres 1890, pp. 347 y 449.

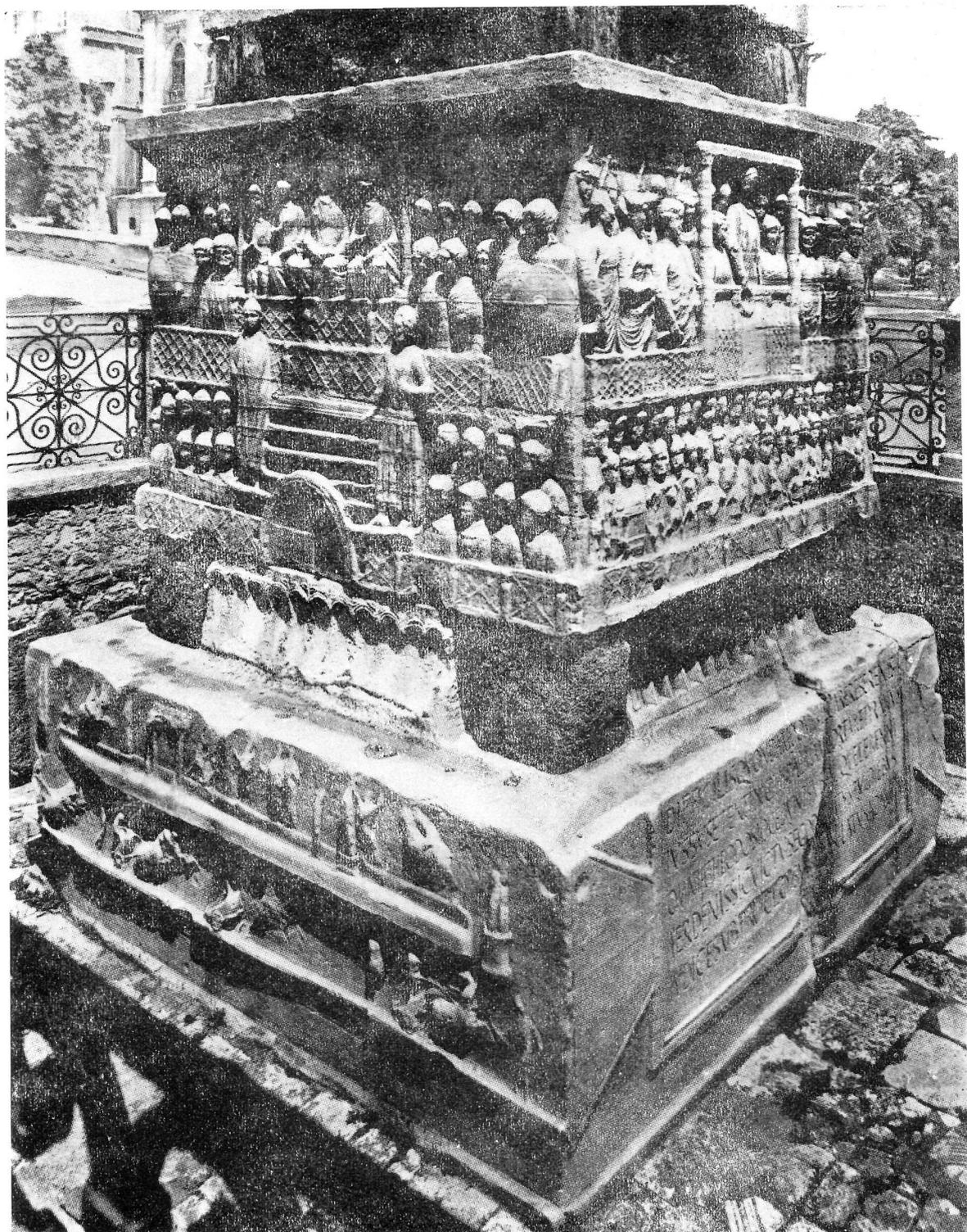
<sup>24</sup> *Ep.* IV, 62.



*Antioquía, caza de fieras.*



*Geisa (Caballos y mozos de cuadra).*



*Constantinopla (Hipódromo), Basa del obelisco de Teodosio I con escenas del circo.*

de que Antioquía importaba en el siglo IV caballos españoles para sus carreras de circo, que las yeguas de Capadocia serían en esta época exclusivamente de propiedad imperial<sup>25</sup>. Aunque las tierras imperiales de Capadocia dedicadas a la cría de caballos debían de ser muy numerosas en esta época como se desprende de diversas fuentes contemporáneas y posteriores<sup>26</sup>, creemos que esta opinión no puede ser mantenida. Numerosos textos de los capadocios nos informan de que la cría caballar constituía una de las principales fuentes de riqueza de la nobleza terrateniente de la época. En las descripciones que Basilio hace de los grandes latifundios de la provincia habla de «gran número de caballos que pastan en una misma llanura»<sup>27</sup> y de rebaños de camellos, caballos, bueyes, ovejas y cerdos<sup>28</sup>. También Gregorio de Nisa menciona en una circunstancia parecida rebaños de bueyes y caballos<sup>29</sup>.

La posesión de yeguas y cuabras debía de ser una de las características más salientes de la nobleza indígena local, como se desprende del hecho de que Gregorio de Nisa al recordar una vieja tradición según la cual Longino, el centurión que abrió el costado de Cristo, había sido el primer obispo de Cesarea, dice que los capadocios eligieron a este centurión a pesar de haber podido escoger entre otros muchos criadores de caballos (ἵπποτρόφοι) ilustres por su origen<sup>30</sup> lo que parece una traslación al siglo I d. C. de fenómenos de su época.

Los capadocios nos informan también de la calidad de estos caballos, así como de la estima en que eran tenidos, y de los cuidados de que eran objeto. Gregorio Nacianceno los describe como «caballos de buena raza, veloces como el viento, y que disfrutaban de bien cantada fama»<sup>31</sup>. Basilio habla del esmero que sus poseedores ponían en seleccionar su raza conservando celosamente su árbol genealógico como si se tratase de los hombres<sup>32</sup>. En el mismo pasaje da cuenta también de los refinamientos de todo tipo que se empleaban para su enjaezamiento: «bocados, cinchas y collares todos de plata, todos de oro fundido. Gualdrapas de púrpura con que se les adorna como si se tratase de novias». Basilio señala que el afán de notoriedad lleva a los poseedores de caballos a dar su propio nombre a los ranchos para perpetuar así su recuerdo y su gloria, lo que seguramente indica que las «cuabras» llevaban, como en la actualidad, la denominación de sus fundadores o actuales poseedores<sup>33</sup>.

<sup>25</sup> L. FRIEDLÄNDER: *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms*, Leipzig 1920, II, p. 30, nota 14.

<sup>26</sup> NOT. DIGN. OR., COD. TEOD. X, 6; EXPOS. TOT. MUNDI XL que los menciona con el giro *illorum divinatorum animalium formositatem*, etc...

<sup>27</sup> 31, 325 A.

<sup>28</sup> 31, 285 AB.

<sup>29</sup> 44, 1169 A.

<sup>30</sup> *Ep.* 17, 1061 D-1064 A.

<sup>31</sup> 37, 1576 v. 328-329.

<sup>32</sup> 31, 285A. Sobre el cuidado que se solía poner en conservar la raza de los buenos caballos de carreras, Cf. COLUMELA III, 9, 5; MARCIAL III, 63, 12; JUVENAL 8, 62 ss.; ESTACIO: *Silvae* V, 2, 22 ss.

<sup>33</sup> Cf. J. BERNARDI: *La prédication des Pères Cappadociens. Le prédicateur et son auditoire*, Montpellier 1968, p. 35.

Otra muestra de la estima en que eran tenidos estos caballos la tenemos en el hecho de que los gobernadores de la provincia aprovecharan su mandato para hacerse por todos los medios a su alcance con caballos capadocios. Esto es lo que parece desprenderse de que Gregorio Nacianceno, al alabar a Nemesio por su limpia ejecutoria como gobernador de Capadocia II el 386-87, diga de que no se apoderó engañosamente de oro, ni de plata, ni de caballos<sup>34</sup>. En este sentido hay que interpretar probablemente el hecho de que el mismo Gregorio Nacianceno se dirija a Nemesio solicitándole condone a un pariente suyo una multa de dos caballos<sup>35</sup>. También son significativas a este respecto las palabras con que Libanio se dirige a Acacio, posiblemente *comes domorum per Cappadociam* a la sazón (364-365 d. C.)<sup>36</sup>: «no gobiernas honestamente sobre los caballos, sino sobre los que mandan en los caballos»<sup>37</sup>. Todos estos pasajes de los capadocios no hacen sino confirmar y ampliar las numerosas fuentes clásicas alusivas a la calidad y número de los caballos de Capadocia, y que justifican plenamente el que Gregorio Nacianceno califique a los capadocios como «poseedores de buenos caballos» (εὐππῶν) <sup>38</sup> y que Basilio pueda decir que uno de los principales motivos de gloria de las ciudades radica en «poder superar a las demás ciudades bajo el sol por sus rebaños de caballos»<sup>39</sup>.

Los destinos a que eran dedicados estos caballos eran muy variados. Ya hemos mencionado su empleo y aprecio para la guerra que justifica las disposiciones dictadas por Justiniano para conservar las yeguas imperiales<sup>40</sup> lo que hacía de Capadocia una provincia estratégica desde el punto de vista militar. Naturalmente, el caballo constituía también uno de los principales animales de tiro de la provincia, junto con las mulas y de ello tenemos abundantes testimonios. Aquí nos interesa únicamente su utilización en actividades deportivas: la caza mayor y las carreras.

#### b) *La caza*

La caza no era considerada en la antigüedad, a diferencia de hoy en día, como un deporte. Sin embargo, el espíritu que guiaba su práctica era frecuentemente deportivo como es el caso de la caza mayor a caballo; además proporcionaba a sus practicantes la ocasión de mostrar su habilidad en la equitación. Ya vimos cuál era el origen del arraigo de esta práctica en Capadocia. De su pervivencia en el siglo IV d. C. tenemos abundantes testimonios en la obra de los padres

<sup>34</sup> 37, 1576 v. 528.

<sup>35</sup> *Ep.* 198. Hay que tener presente, sin embargo, que podría también tratarse de una multa en dinero equivalente a dos caballos en cuyo caso nos encontraríamos, quizá, ante un caso de *adaeratio* tan frecuente en la época. La *adaeratio* de caballos constituía precisamente uno de los *solemnia lucra* denunciados por el anónimo del *De rebus bellicis*, cf. S. MAZZARINO: *Aspetti sociali del quarto secolo. Ricerche di storia tardo-romana*, Roma, 1951, p. 144 ss.

<sup>36</sup> Cf. A. H. M. JONES, J. R. MARTINDALE, J. MORRIS: *op. cit.*, p. 7, s. v. *Acacius* 8.

<sup>37</sup> *Ep.* 1174.

<sup>38</sup> 37, 1576 v. 328-329.

<sup>39</sup> 31, 285A.

<sup>40</sup> *Novellae*, XXX y XL.

capadocios. Los nobles capadocios normalmente la llevaban a cabo con perros y acompañados de una numerosa servidumbre. Basilio nos informa de que los ricos de Capadocia poseen caballos especialmente reservados para la caza<sup>41</sup>. Según Gregorio Niseno, las principales aficiones que dominan en la juventud de su época son la caza y la equitación<sup>42</sup>; Gregorio Nacienceno presenta a los ricos capadocios rodeados de caballos, carros, perros y ojeadores de fieras<sup>43</sup> y en otra ocasión, al enumerar los placeres y diversiones mundanas a que había renunciado por seguir a Cristo, se expresa así: «dejé a otros los puestos de ojeo, los montes, los relinchos, los caballos y los ladridos de los perros de caza»<sup>44</sup>. Gregorio Niseno en un pasaje altamente retórico, tras describir el espectáculo de los huesos amontonados en el sepulcro, pregunta «¿qué ha sido de las manos lanzadoras de dardos, qué de los pies que montaban sobre el caballo..., qué del caballo de la carrera, de los relinchos del caballo?»<sup>45</sup>.

Las aficiones a la caza y la equitación de Nicóbulo las refleja bien Gregorio Nacienceno cuando, dirigiéndose a él en una carta le dice: «conduces el caballo, agitas la jabalina y tu afición la constituyen las fieras»<sup>46</sup>. Del hermano de Basilio y Gregorio de Nisa, Naucracio, sabemos que era un gran cazador y que murió de un modo bastante extraño en el transcurso de una de las cacerías que solía llevar a cabo acompañado de su esclavo particular cuando vivía retirado en el Ponto<sup>47</sup>. Otra muestra de lo arraigado que se encontraba entre las clases altas la afición a la caza la encontramos en el hecho de que las cacerías constituían uno de los motivos más frecuentes en los mosaicos y en los bordados de vestiduras y tapices<sup>48</sup>.

Esta afición a la caza mayor debía de estar respaldada por una gran cantidad y variedad de especies de caza. Gregorio Nacienceno da noticia expresamente de la riqueza en caza de las regiones salvajes y boscosas del Ponto<sup>49</sup>. No poseemos ningún texto parecido referido a Capadocia, pero sí numerosas referencias a aquellos animales que más debían abundar en la provincia. La riqueza en liebres está atestiguada por el autor anónimo de la *Expositio* que alude a la importante industria de prendas de piel (*leporinam vestem*) de este animal que Capadocia exportaba a todo el Imperio<sup>49a</sup>. Basilio describe con gran espíritu de observación a las liebres huyendo de los perros e insinuándoles un derrotero para después seguir otro<sup>50</sup>. Otras especies cuya caza aparece descrita en las fuentes o simple-

<sup>41</sup> 31, 285 B.

<sup>42</sup> 46, 900 C.

<sup>43</sup> 37, 659, v. 140-141. Gregorio Niseno (46, 481B) recuerda como muestra del cariño de los cazadores para con sus perros el hecho de que duerman con ellos en el mismo lecho.

<sup>44</sup> 37, 1375 v. 307-309.

<sup>45</sup> 44, 1204 D.

<sup>46</sup> *Ep.* 12.

<sup>47</sup> 46, 968 BD.

<sup>48</sup> 44, 1204 BC; 1237 D; 528 D, etc....

<sup>49</sup> *Ep.* 4.

<sup>49 a</sup> EXPOS. TOT. MUNDI XL. Según J. ROUGE: *Expositio totius Mundi et Gentium, Introd., Texte Critique, Trad., Notes et Comment.*, «Sources Chrétiennes», 124, París 1966, pp. 271-272; La *leporinam vestem* son las mismas *Strictoriae leporinae* mencionadas en el *Edictum de pretiis* de Diocleciano (XIX, 62).

<sup>50</sup> 31, 401 A; cf. et. 37, 1282 v. 21-22.

mente aludida son el ciervo<sup>51</sup>, la gacela<sup>52</sup>, el jabalí<sup>53</sup>, el oso<sup>54</sup>, el zorro<sup>55</sup> y el lobo<sup>56</sup>. Como se puede apreciar, casi todas las especies de caza mayor más apreciadas.

c) *Carreras de caballos*

Es natural que la riqueza de Capadocia en caballos de carreras se manifestase también en la afición a éstas que tan extendida estaba, por otro lado, en todo el mundo greco-romano. Esta afición la tenemos expresamente atestiguada en los comienzos del siglo IV d. C. En la descripción que Basilio hace del martirio de San Gordio ocurrido en Cesarea en tiempos de Galerio, dice que, el santo provocó al gobernador en el circo cuando éste se encontraba abarrotado de público durante el desarrollo de las carreras de caballos<sup>57</sup>. Un dato muy revelador sobre la afición a las carreras y el ambiente que las rodeaba viene dado en la indicación expresa de Basilio de que entre el público asistente se encontraban también gran número de mujeres del pueblo (δημῶδες) y de baja condición (ἄσημον). Aunque en la segunda mitad del siglo no tenemos expresamente atestiguadas las celebraciones de carreras en Cesarea es de suponer que éstas continuaban y que el circo seguía siendo un espectáculo de masas<sup>58</sup>. En Cesarea, sin embargo, la afición no debía de alcanzar los extremos a que llegaba en otras ciudades del Imperio más populosas, Constantinopla principalmente. Este hecho parece desprenderse del texto de un sermón de Basilio en que describe a sus oyentes los excesos de la pasión por los juegos y el abandono de las ocupaciones diarias que se daba en ciertas ciudades: en ellas, dice, sus gentes se creen felices porque, abandonando el comercio en el ágora y la práctica de los oficios cotidianos pasan el día en el ocio y el placer. Espectáculos de todo tipo, continúa, llenan el día, de la mañana a la noche, y las carreras de caballos no las abandonan ni durante la noche pues incluso sueñan con ellas<sup>59</sup>. Basilio debía estar pensando, probablemente, en ciudades como Alejandría, Antioquía y Constantinopla ciuda-

<sup>51</sup> 37, 766-67 v. 11-14 y 1282 v. 21-22; 46, 777D; BAS., *Ep.* 14.

<sup>52</sup> 46, 777D.

<sup>53</sup> 37, 762 v. 93-94 y 767 v. 15-18.

<sup>54</sup> 37, 767 v. 15-18; BAS., *Ep.* 14.

<sup>55</sup> 31, 401 A.

<sup>56</sup> 35, 417 B; BAS., *Ep.* 14.

<sup>57</sup> 31, 497 A.

<sup>58</sup> El texto revela, por un lado, que la asistencia de las mujeres al circo estaba mal visto como ocurrió siempre en el mundo antiguo y que las mujeres de la buena sociedad lo evitaban; por otro, que, en contraposición, era muy frecuentado por ramera, como ocurría en Roma donde los principales burdeles se encontraban en torno al circo. cf. JUVENAL III, 65-66; HIST. AUG.: *Heliogábalo* 26, 3; 32, 9; SUTTONIO: *Nerón* 27, 2; CIPRIANO: *de Spectac.* 5. Sobre su presencia en los hipódromos griegos, cf. DION CRISOS.: *Orat.* LXX, 10. Véase L. FRIEDLÄNDER: *op. cit.* I, p. 289 ss y II, p. 23. La falta total de excavaciones en Capadocia y la escasez de las fuentes literarias al respecto nos impide saber si otras ciudades de Capadocia poseían su propio circo. Posiblemente, la mayoría de ellas habilitasen un lugar apropiado para su celebración. Significativa es a este respecto la curiosa noticia de Gregorio Niseno (44, 297 B) de que en Sebaste (Armenia) cuando en invierno se helaba un lago que existía cerca de la ciudad se celebraban carreras de caballos sobre su superficie.

<sup>59</sup> 29, 77D-80 B.

des todas que él conocía, y donde la desmesurada afición a las carreras está de sobra atestiguada y el Estado contribuía a mantener la vida ociosa de sus habitantes a base del sufragio de espectáculos y reparticiones de *annonae*<sup>60</sup>. También en lo relativo a las carreras aparece clara la oposición de los padres capadocios, dada la visión moralista que tienen de los espectáculos de todo tipo. A Gregorio Nacianceno pertenece un duro ataque de las carreras por los males que arrastran consigo: corrompen las ciudades, provocan motines y revueltas en la plebe<sup>61</sup>, destruyen la amistad de los ciudadanos y de las familias, arruinan a muchas personas, etc...<sup>62</sup>. Quizá haya también en este pasaje una rememoranza de experiencias por él vividas en Constantinopla. En todo caso, es un fiel reflejo de la incompatibilidad para él existente entre la perfecta vida cristiana y la afición a estos espectáculos. Incompatibilidad que testifica también cuando, al invitar a Seleuco a abrazar una vida mejor, le recomienda que aborrezca las carreras de caballos<sup>63</sup>.

En los padres capadocios encontramos, por otro lado, gran número de alusiones al tema de los caballos que demuestra su familiaridad y la de sus oyentes con el tema. Ellas proporcionan, al mismo tiempo, una serie de valiosas indicaciones y noticias sobre el mundo de las carreras de caballos, algunas de ellas de gran actualidad. Las carreras son uno de los motivos que con más frecuencia aparecen en metáforas y comparaciones: «como un caballo vencedor en la carrera que sobrepasa la meta confiado en sus pies y que no se deja sujetar por los frenos»<sup>64</sup>. «Yo, al igual que los caballos ardientes, hiero el suelo con los pies, me sacudo el freno, erizo las orejas, respiro furor por las narices, miro con viveza y arrojé espuma por la boca»<sup>65</sup>. Basilio los presenta corriendo bajo el sofocante calor del mediodía y mezclándoseles el polvo del estadio con el sudor y la espuma que expulsan por la boca<sup>66</sup>. El es quien proporciona también la noticia de que la víspera de la carrera se les mantenía en ayunas<sup>67</sup>.

También describe detalladamente los métodos empleados en su doma: «los domadores de caballos no retienen ni reprimen con los frenos a los potros desde el comienzo... sino que van cediendo paulatinamente y les dejan seguir sus impulsos y una vez que han visto que su ardor y su ímpetu ha cedido por propio impulso es cuando les hacen dóciles y obedientes con su arte»<sup>68</sup>. También Gre-

<sup>60</sup> Un detenido estudio del tema puede verse en S. MAZZARINO: *op. cit.*, p. 255 ss.

<sup>61</sup> Según P. PETIT: *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV<sup>e</sup> siècle après J. C.*, París, 1955, p. 223, las revueltas y manifestaciones de descontento en el circo era el principal medio, consentido, que el pueblo tenía a su mano en esta época para expresarse democráticamente. Ya CÍCERÓN exponía que las asambleas populares, los comicios y los torneos gladiatorios eran los tres lugares donde mejor se expresaba la voluntad popular (*Pro Sestio* 106, 124 ss.). Gregorio como se ve desconoce esta faceta para fijarse únicamente en sus aspectos peyorativos.

<sup>62</sup> 37, 1587-89 v. 150-180.

<sup>63</sup> 37, 1582 c. 77 ss.

<sup>64</sup> 37, 1459 v. 106-108.

<sup>65</sup> GR. NA.: *Ep.* 10.

<sup>66</sup> *Ep.* 222.

<sup>67</sup> 31, 192 A.

<sup>68</sup> 31, 257 C.

gorio Nacienceno presenta a los domadores acostumbrando a los potros a no asustarse por el griterío y a conocer los distintos colores<sup>69</sup>. La pasión con que el público seguía las incidencias la describe Gregorio de Nisa con una gran penetración psicológica: «igual que los que contemplan con gran deleite las carreras de caballos siguen solícitos la carrera de sus favoritos gritando desde las gradas y animando porque piensan que con ello excitan al caballo y hacen que corra más, extienden sus brazos hacia el caballo y los agitan como si se tratase de látigos y esto lo hacen, no porque ignoren que esto no sirve de nada para la victoria, sino que por instinto son impelidos a demostrar con los gritos y los movimientos del cuerpo sus preferencias y su afición hacia los competidores»<sup>70</sup>. En términos parecidos se expresa también Gregorio Nacienceno que presenta a los aurigas disputando la victoria en medio de una locura colectiva y a los espectadores, agrupados en facciones rivales, y azotando el aire con sus aplausos<sup>71</sup>. Del mismo modo que veíamos que las cuadras llevaban el nombre de sus dueños, Gregorio Niseno nos dice que a los caballos se les daban, a veces, nombres humanos<sup>72</sup>, dato largamente atestiguado por las fuentes y la arqueología<sup>73</sup>.

## 2. *El Estadio*

Las competiciones atléticas, la más griega de las manifestaciones deportivas que conoció el mundo antiguo, sólo muy tardíamente tomaron carta de naturaleza en Roma que, por otro lado, nunca poseyó el espíritu atlético que los griegos trataron de mantener desde su época heroica. En las provincias orientales de Asia Menor, su introducción debió de ir paralela con la helenización. En el siglo IV d. C. debían estar ampliamente extendidas aunque no poseemos datos suficientes para valorar su expansión. La causa principal es la falta de excavaciones en los primitivos núcleos urbanos, lo que impide llenar el vacío de las fuentes literarias. Por lo que a Capadocia respecta, sabemos que a fines del siglo II a. C. Tiana tenía ya su propio gimnasio dotado por Ariarates V<sup>73a</sup>. Para el siglo IV d. C., solamente tenemos testimonio expreso de la existencia de gimnasios en Cesarea. En la *Ep.* 289 habla Basilio de una ciudad, que parece ser Cesarea, que posee gimnasios y teatro. Más segura es la referencia de la *Ep.* 74: describiendo las consecuencias que para la ciudad ha traído la huida de los curiales a raíz de la decisión de Valente de trasladar a una parte de ellos a Podando donde pensaba instalar la capital de la recién creada Capadocia II, dice que los gimnasios han sido cerrados, lo que indica que sus mantenimiento dependía

<sup>69</sup> *Ep.* 268.

<sup>70</sup> 44, 297 B-300 A.

<sup>71</sup> 37, 1517 v. 156-157.

<sup>72</sup> 45, 750 B.

<sup>73</sup> Cf. J. W. SALOMONSON: «La mosaïque aux chevaux de l'antiquarium de Carthage», *Arqueolog. Stud. van het nederland Histor. Inst. te Rome*, I, La Haya, 1965, p. 81 ss donde recoge una larga lista de nombres de caballos aparecidos en mosaicos, bajo-relieves, y otros pequeños objetos con decoración inspirada en los juegos del circo. Para España, A. BALILS «Mosaicos circenses de Barcelona y Gerona», *Bolet. de la Real Acad. de la Historia*, CLI, 2, 1962, pp. 257-351.

<sup>73 a</sup> SUPPLEM. EPIGR. I, 466.

de la Curia. Con todo, es probable que todas las ciudades poseyesen sus gimnasios, pues, como dice Jones «this institution became in the hellenistic age an essential element of greek life and a hallmark of Hellenism» y toda ciudad que se preciase de tal procuraba poseerlos<sup>74</sup>. La mejor prueba de ello es que, según Gregorio de Nisa, algunos ricos capadocios poseían junto a sus lujosas residencias gimnasios privados<sup>75</sup>. No podemos decir lo mismo de los estadios pues aunque casi todas las ciudades celebraban sus propios juegos locales, el estadio era frecuentemente un espacio abierto con graderíos improvisados para los espectadores. Quizá Cesarea, a la que hemos visto dotada de su propio circo, poseyese también estadio, o bien el mismo circo cumplierse ambas funciones.

Si en datos concretos las fuentes son muy escasas, los capadocios nos proporcionan, por contra, numerosos detalles sobre los distintos tipos de competiciones, que no están desprovistos de interés. El afán de superación y el espíritu de sacrificio y renuncia de los atletas constituyen un magnífico ejemplo para la ascesis cristiana que utilizan con profusión. Prácticamente todas las diversas modalidades atléticas practicadas en la antigüedad encuentran eco en sus escritos: carrera, lucha, boxeo, pentlaton, pancracio, disco, jabalina y las competiciones musicales.

La preparación física a que los atletas eran sometidos y los sacrificios que tenían que soportar tanto en el gimnasio como en el estadio, es resaltado frecuentemente: «en esto mismo pensaban los preparadores (παιδοτρίβαι)<sup>76</sup> cuando establecieron en las palestras la ley de la continencia que aleja de los placeres los cuerpos de los jóvenes<sup>77</sup> no siéndoles permitido a los atletas ni siquiera fijar su vista en la belleza relajante si es que quieren que sus sienas sean coronadas»<sup>78</sup>. «Los preparadores cuando llevan a sus atletas al estadio para competir les dicen muchas cosas sobre la necesidad de sufrir para poder conseguir la corona, de tal modo que la mayoría acuden convencidos de la necesidad de desprestigiar el cuerpo a cambio del afán de lograr la victoria»<sup>79</sup>.

Gregorio de Nisa resalta la pericia y los conocimientos de los preparadores (παιδοτρίβαι), quienes hacían también de masajistas: «el preparador, cuando se produce una luxación o un miembro se sale de su sitio, lo restituye conveniente-

<sup>74</sup> A. H. M. JONES: *op. cit.*, p. 220. Sobre la importancia del gimnasio en la educación griega, E. N. GARDINER: *Athletics of the Ancient World*, Oxford, 1930, p. 72 ss.

<sup>75</sup> 44, 653 D.

<sup>76</sup> El gimnasio estaba generalmente al cargo de un director (gymnasiarkos) a veces asistido por un subdirector (hypogymnasiarkos) de quien dependía tanto la educación intelectual como la física. Los aspectos técnicos concretos de ésta estaban al cargo de un preparador físico (paidotribes, gymnastes). Cf. A. H. M. JONES: *op. cit.*, pp. 221-222, J. JÜTHNER: *Philostratus über Gymnastik*, Leipzig, 1909, p. 1 ss.; E. N. GARDINER: *op. cit.*, p. 85 ss. y *Greek Athletic Sports and Festivals*, Londres 1910, p. 503; P. W., s. vv. *gymnasiarchos*, *gymnasium*, *paidotribes*.

<sup>77</sup> La dieta de los atletas era en un principio fundamentalmente vegetariana, como lo era en general la de todos los griegos. En el siglo V a. C. se introdujo la carne en su régimen, PAUSANIAS VI, 7, 3; DIOG. LAERT. VIII, 13; PLINIO, H. N. XXXIII, 7. Cf. E. N. GARDINER: *op. cit.*, pp. 101-102.

<sup>78</sup> 31, 548 C D.

<sup>79</sup> 31, 185 AB.

mente con su habilidad en los masajes»<sup>80</sup>. Antes de cada competición todos los atletas deben de pronunciar a un tiempo su propio nombre en voz alta y después pasan a ocupar sus respectivos lugares en la pista<sup>81</sup>. Las condiciones físicas requeridas para los diversos tipos de competición las especifica Basilio en este pasaje: «el que practica la lucha debe tener el cuerpo flexible y robusto y el que corre, bien proporcionado y ágil»<sup>82</sup>. A la lucha se alude también en este otro pasaje de Gregorio de Nisa: «los atletas hábiles en competir cuerpo a cuerpo con el contrario consiguen mediante una artificiosa flexibilidad que sus golpes causen un mayor efecto»<sup>83</sup>.

Es, sin embargo, el boxeo la especialidad atlética sobre la que encontramos una información más rica y variada. La dura preparación que este rudo deporte, de antiquísima tradición en Grecia<sup>84</sup> exige, la refleja muy bien Basilio en este texto: «aquellos, tras superar innumerables sacrificios para aumentar su fortaleza por todos los medios posibles, y, tras haber sudado mucho en el gimnasio, tras haber recibido numerosos golpes en los entrenamientos y tras haber seguido, no una dieta agradable, sino la establecida por los entrenadores y tras haber vivido, por decirlo de una palabra, de modo que su vida antes de cada combate sea una preparación para la pelea, se desnudan en el estadio y superan todo tipo de sufrimientos con el único fin de recibir la corona de acebuche o de apio o de cualquier otra cosa semejante y ser proclamados vencedores por el heraldero»<sup>85</sup>. «El buen atleta, dice en otra ocasión, debe soportar con fortaleza los golpes del adversario con la esperanza de alcanzar la gloria que proporcionan las coronas, pues los que por el ejercicio gimnástico en la palestra están hechos al sufrimiento no deprimen su ánimo por el dolor de los golpes, sino que, despreciando los sufrimientos presentes por el deseo de ser proclamados públicamente vencedores, atacan sin pensarlo a sus adversarios»<sup>86</sup>.

Junto a esta serie de textos que constituyen lo que podríamos denominar el manual de la preparación del buen boxeador, nos encontramos también con otros que proporcionan interesantes detalles técnicos y formales y que revelan lo poco que en el paso de los siglos ha variado este deporte<sup>87</sup>. «En el boxeo no se quita la corona al adversario si no es moviéndose más que el contrario», dice

<sup>80</sup> 46, 481 B.

<sup>81</sup> 31, 417 A.

<sup>82</sup> 46, 708 B.

<sup>83</sup> 31, 514 B.

<sup>84</sup> Sobre los orígenes del boxeo K. T. FROST, «Greek boxing», *J. H. S.*, XXVI, 2, 1906á, p. 213 ss.; E. N. GARDINER: *Greek Athletic Sports...*, p. 402 ss.

<sup>85</sup> 31, 580 B. Esto no debe llevar, sin embargo, a la creencia del amateurismo olímpico que, en sentido estricto, nunca existió en Grecia, y menos aún, en Roma. Ya en el siglo VI a. C. Solón ofreció una recompensa de 500 dracmas a todo ateniense vencedor en Olimpia. PAUSANIAS V, 21, 5; VI, 2, 6; 18, 6, etc., narra numerosos casos de corrupción en los juegos Olímpicos. En Roma estas prácticas llegaron a ser habituales, sobre todo, en las carreras de caballos. Sobre el profesionalismo en general, cf. E. N. GARDINER: *Athletic...*, p. 9 ss.

<sup>86</sup> 31, 224 BC.

<sup>87</sup> Para las diferencias fundamentales entre el boxeo griego y el moderno cf. E. N. GARDINER: *op. cit.*, p. 201 ss.

Gregorio de Nisa<sup>88</sup>. Pone seguidamente el ejemplo de San Pablo como buen boxeador espiritual y añade: «peleando era ágil y veloz pues estaba atento a las acciones del contrario, daba los pasos con seguridad y, teniendo los puños bien armados, no golpeaba en el vacío o en los luars protegidos del contrario, sino en aquellas partes que, en cada momento, quedaban expuestas»<sup>89</sup>. «Tú también, como buen púgil, dice Basilio, protégete las partes principales del cuerpo poniendo las manos por delante, y estate con los ojos puestos en el adversario»<sup>90</sup>. «El buen púgil, dice en otra ocasión, es aquel que no sólo sabe golpear sino también encajar»<sup>91</sup>. Gregorio Nacianceno recuerda a aquellos boxeadores inexpertos que, «mientras hieren el aire más que los cuerpos, pierden la esperanza de la victoria»<sup>92</sup>. La derrota se producía, bien por abandono, bien después de sufrir tres caídas: no existía pues la victoria a los puntos como hoy día y que sirve para mitigar la rudeza de este deporte; en cualquier caso, el vencedor era proclamado públicamente por un heraldo que, como hoy, era el portavoz de los jueces: «el que boxea según las reglas tiene uno de estos dos finales: o bien el adversario completamente agotado cede voluntariamente la victoria al triunfador, o bien cae por tres veces de acuerdo con la ley y entonces, por disposición de los jueces, se le transfiere al vencedor la gloria con la consiguiente proclamación pública del heraldo»<sup>93</sup>.

### 3. *El Anfiteatro*

A diferencia de los juegos atléticos de origen típicamente griego, los combates de gladiadores son quizá el espectáculo más romano de los que conoció la antigüedad<sup>94</sup>.

Su difusión y aceptación en el mundo greco-oriental ha sido muy discutido. L. Robert<sup>95</sup> trata de refutar la opinión corriente, basada en ciertas fuentes literarias, de que este espectáculo no alcanzó difusión en estas regiones de cultura griega y estaba mal visto por las clases cultas. Frente a V. Chapot<sup>96</sup>, G. Lafaye<sup>97</sup> y L. Friedländer<sup>98</sup> para quienes fue precisamente en las regiones menos romanizadas y bárbaras de Asia Menor donde más arraigo tuvieron<sup>99</sup>, Robert defiende

<sup>88</sup> 44, 1211 C.

<sup>89</sup> 44, 1212 D-1213 A.

<sup>90</sup> 31, 208 AB.

<sup>91</sup> 31, 248 A.

<sup>92</sup> 35, 1088 B.

<sup>93</sup> 45, 572 B.

<sup>94</sup> Según L. FRIEDLÄNDER: *op. cit.* II, p. 50 quien sigue a SCHWENN: *Menschenopfer bei den Griechen und Römern*, 1915, p. 173 ss. su origen habría que situarlo en Campania de donde pasarían a Etruria y de aquí a Roma. Por contra, para G. LAFAYE: *Dict. des Antiquit. Grec. et Rom.*, s.v. «Gladiator» II, 2, p. 1563 ss. el origen estaría en Etruria de donde pasaría a Campania durante la época de dominación etrusca y posteriormente a las demás regiones vecinas, el Lacio entre ellas.

<sup>95</sup> *Les Gladiateurs dans l'Orient Grec*, Amsterdam, 1971 (Reimp.), p. 239 ss.

<sup>96</sup> *Dictio. archeol. chrét.*, s.v. «Gladiateurs», p. 1275.

<sup>97</sup> *Op. cit.*, pp. 1565-66.

<sup>98</sup> *Op. cit.* II, pp. 105-106.

<sup>99</sup> A estos autores podríamos añadir a M. GRANT: *Gladiators*, Londres, 1967, p. 57: «se-mideveloped Galatia, like Pontus to its north, was fond of this sport».

que, por el contrario son las provincias occidentales de Asia Menor las que más documentos aportan en contraposición con las del Centro y el Este. Robert explica este hecho porque los combates de gladiadores estaban estrechamente ligados al culto imperial, tanto provincial como municipal, y, por ello, donde más activa era la vida municipal, más frecuentes eran éstos.

No poseemos datos para discernir hasta qué punto en Capadocia, situada precisamente en esta zona conflictiva de Asia Menor, estaba arraigada la afición a estos combates. Una inscripción de Ancira que menciona a *L. Didius Marinus v(ir) e(gregius), proc(urator) fam(iliarum) glad(iatoriarum) per Gallias... Asiam, Bitbyn(iam), Galat(iam), Cappadoc(iam)*, etc...<sup>100</sup> sólo demuestra que, como era normal, el número de escuelas de gladiadores en las provincias no era lo suficientemente grande como para que cada una tuviese su propio procurador, sino que los gladiadores de la casa imperial en varias provincias estaban en manos de un mismo funcionario<sup>101</sup>.

La información que proporcionan los padres capadocios únicamente nos sirve para conocer su pervivencia en la segunda mitad del siglo IV<sup>102</sup> y la familiarización de ellos y de su auditorio con el tema. Gregorio Nacianceno recomienda a Seleuco que tenga aversión a los juegos de gladiadores al igual que a las carreras de caballos, los espectáculos teatrales, etc...<sup>103</sup>. Basilio<sup>104</sup> y Gregorio Nacianceno censuran duramente la inhumanidad de tales combates al tiempo que atacan a aquellos que gastan su dinero en la organización «a fin de dar satisfacción a sus conciudadanos y sobrepasar en gloria a los demás y ser celebrados por boca del pueblo»<sup>105</sup>. Estos textos son, por un lado, un testimonio más de la lucha emprendida por la Iglesia por su abolición y reflejan, al tiempo, el hecho de que la organización de los combates rara vez corría a cargo de ciudad sino que normalmente o bien era un *munus* o «liturgia» de ciudadanos particulares<sup>106</sup> o bien dependían de la organización del culto imperial.

<sup>100</sup> CIL III 6753. Probablemente venga incluida también Capadocia en esta otra inscripción: Sex. Pacu(vius) Restitutus, [*proc(urator)*] Aug(ustorum) ad f[amil(ias)] gladiat[or(ias) per] Asiam e[*t adhae*]rentes pro[vin]cias, CIL III 6994, Prousa).

<sup>101</sup> Cf. L. FRIEDLÄNDER: *op. cit.*, II, p. 65-66; L. ROBERT: *op. cit.*, p. 267-268. Sobre una inscripción de Cesarea de tiempos de Caracalla relativa a gladiadores, H. GRÉGOIRE: *B. C. H.*, 1909, p. 63-66, n. 44 y su interpretación y comentario en L. ROBERT: *op. cit.*, p. 126-128.

<sup>102</sup> La primera ley contra los juegos de Gladiadores fue dada por Constantino el 325 (*Cod. Teod.* XV, 12, 1) aunque su efecto fue prácticamente nulo. Los combates en sus diferentes modalidades siguieron celebrándose hasta el siglo VII. Cf. M. GRANT: *op. cit.*, p. 122-124. Sobre su esplendor en la segunda mitad del IV en Corinto y Antioquía, JULIANO: *Ep.* 35 y LIBANIO: *Ep.* 218-220 respectivamente.

<sup>103</sup> 37, 1582 v. 77 ss.

<sup>104</sup> 29, 248 B; 31, 268 A.

<sup>105</sup> 37, 1516-17 v. 150-157.

<sup>106</sup> «Le combat de gladiateurs ne compte pas parmi les agones de la ville, mais parmi les liturgies des citoyens», L. ROBERT: *op. cit.*, p. 268; cf. et M. GRANT: *op. cit.*, p. 51-57.